

873
A.

PQ 2625

.E53

U88

v. 2

Se prohíbe su reproducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS DOS PRIMAS

I.

La señora Jacut no se atrevió á oponerse á los deseos de la castellana de Santa Gilda.

—Está muy delicada... se atrevió á observar.

—Tanto mejor para verla, contestó Nicolasa, ¿Qué tiene?

—Ayer sufrió una fuerte caída. Al bajar de la Torre de Elven se la fué un pié, y...

—¿A qué hora estuvo en la Torre de Elven? preguntó el conde, que empezaba á adivinar la verdad.

—Por la tarde... casi al caer la noche...

—Conducidme á su habitación, dijo Nicolasa.

Marta entró la primera.

—Entrad, dijo á la señorita de Fonterose. Está dormida.

Juana, en efecto, tenía los ojos cerrados, y, por su palidez, parecía que estaba muerta.

Nicolasa la tocó una mano.

—Es preciso ir á buscar á un médico, dijo Nicolasa. Tiene calentura.

Al contacto de la mano de Nicolasa, Juana abrió los ojos.

—¡Agu! ¡Dadme agua! murmuró.

Y con voz ahogada, aunque distintamente, añadió:

—Está allí... en el fondo de la laguna... ¡Padre mio!... Despertadle... Decidle que le espera su hija.

—¡Delira! dijo Nicolasa.

Juana, como si saliera de un sueño, fijó sus grandes ojos en la señorita de Fonterose.

—¿Quién sois? la preguntó, tratando de incorporarse. No os he visto nunca... no os conozco...

—Soy parienta vuestra, amiga mia.

—Yo no tengo parientes, ni amigos. Mi padre y mi madre han muerto. Estoy sola en el mundo.

—No, Juana. Yo soy vuestra prima Nicolasa de Fonterose. ¿No habeis oido nunca este nombre?

—Sí.

—Yo tambien conocía el vuestro. He pensado muchas veces en vos. Al fin nos hemos encontrado.

—¡Ah!

—No os abandonaré y os amaré como á una hermana.

—¡Sois tan buena como hermosa!...

—¿Y por qué no habia de ser buena? ¡Es tan fácil serlo! Habeis tenido grandes penas, ¿no es verdad?

Yo os consolaré, yo haré cuanto pueda para que seais dichosa.

—¿No os vais á casar?

—Tal vez.

—Quiero pagar vuestra bondad. Sentaos á mi lado... Aquí, mas cerca. Tenemos que hablar. Escuchadme.

Pero rendida por este esfuerzo, dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—¡Cuánto sufro! exclamó llevándose la mano á la cabeza.

—¿Qué sentis?

—La cabeza... el corazon... Siento que me muero.

—Id á buscar un médico, Marta, dijo la señorita de Fonterose. Abajo está mi caballo... Que vayan á Vennes, si es preciso.

—Cláudio, murmuró Juana, ¿dónde estás?

Afortunadamente en casa del juez se encontró un médico.

—La fiebre es terrible, dijo, y hace temer un ataque cerebral.

Recetó y se despidió, diciendo que la naturaleza obraría por sí, mas eficazmente que las medicinas.

Nicolasa bajó al comedor para dar cuenta á sus amigos del estado de la enferma.

—El médico ha recetado que se la pongan paños de nieve en la cabeza, dijo, y como no la hay en Elven, es preciso ir á buscarla al castillo.

Roger aprovechó aquel momento de confusión para subir á ver á Juana.

Juana no le reconoció.

Un momento despues, Nicolasa y los huéspedes de Santa Gilda abandonaban la posada del *Condestable*.

Nicolasa llamó aparte á la señora Jacut y la dijo:

—Tratadla como si fuera una hermana mia, sin reparar en gastos ni en sacrificios. Yo volveré. ¡Salvala, por Dios!

II

Cláudio Kerandal.

Cláudio, en cuanto llegó á Penhoet, se consagró al cuidado de su madre.

Los dos primeros enfermos que habia tenido al volver á su país, eran su madre y la mujer de quien estaba locamente enamorado.

Pero el mal de su madre se diferenciaba de la dolencia de Juana en que no tenia cura.

La pérdida de la razon de María Ana era ya indudable.

Al ver las facciones contraidas de aquella mujer, cuya hermosura habia hecho latir tantos corazones, era imposible equivocarse respecto á su estado.

El temor de la justicia y de la reprobacion de las gentes, no le preocupaba á Cláudio.

Lo que verdaderamente le desesperaba era la pér-

dida de la mujer en quien habia puesto todas sus esperanzas.

Juana lo sabia todo.

Los que habian asesinado traidoramente á su padre, los que le habian despojado de su fortuna, villanamente, valiéndose de su ciega confianza, eran los Kerandal.

Los rumores que la maledicencia habia empezado á propagar en el país, irian tomando cuerpo lentamente y la deshonra de su familia acabaria por hacerse pública.

En el momento en que Cláudio se entregaba á estas tristes meditaciones, sentado á la cabecera del lecho de su madre, llamaron á la puerta de la calle.

Ibo, que estaba en la cocina, se estremeció y dijo á Catalina, que en vano procuraba consolarle:

—Vete á ver quién es.

—¿Y si son los gendarmes? le preguntó Catalina trémula de espanto.

—Déjalos entrar, la contestó Ibo. La justicia debe encontrar las puertas abiertas.

No eran los gendarmes.

Catalina respiró.

Era Juan, que habia sabido lo ocurrido en la posada de Elven, é iba á acompañar en su infortunio á sus antiguos amigos.

—¿Y María Ana? preguntó á Catalina apeándose y dándole las riendas del caballo.

—Subid á verla, contestó Catalina.

Maria Aua no reconoció á Juan.

—¡Maldito dinerol exclamó Juan. Sí, sí, el dinero de Noel Trelan la mata... ¡El dinero de Noel nos matará á todos y arruinará á esta casa!...

—Santa, dijo Cláudio á su hermana, que estaba sentada en un rincon del cuarto de su madre deshecha en lágrimas, déjanos. Tengo que hablar con Juan.

Santa obedeció maquinalmente.

—Juan, dijo Cláudio al guarda-bosque con acento solemne, mi madre ha pronunciado tu nombre en la posada. ¿Es verdad lo que ha dicho?

—Sí.

—¿Mi padre asesinó á su primo Noel Trelan?

—Sí.

—¿Le robó?

—Señor Cláudio...

—Dime la verdad... toda la verdad.

—Sí.

—¿Arrojó su cadáver á la laguna?

—Sí.

—¿Tú le viste?

—Yo le ví deshacerse de su víctima, arrojándola en el fondo de la laguna, pero por mí nadie lo habría sabido.

—Tienes razon, Juan, moriremos todos. Yo no sobreviviré á esta deshonra.

—¿Qué váis á hacer?

—A levantarme la tapa de los sesos de un pistoletazo.

—Sería una cobardía, y los Kerandal no son cobardes.

—La cobardía consiste en vivir sin honor. Este sacrificio es superior á mis fuerzas.

—Necesitais vivir para ser útil á los vuestros, le contestó Juan enérgicamente ¿Y vuestra madre?

—La locura de mi madre es incurable y está próxima á morir.

Esta revelación anonadó á Juan; pero haciendo un esfuerzo supremo, ocultó su dolor y prosiguió:

—¿Y vuestra hermana? ¿Quereis dejarla sola en el mundo?

—Ibo velará por ella.

—Hay además en el mundo una persona que os interesa.

—¿Quién?

—La mujer de quien acabais de separaros.

—¿Dónde?

—En la posada de la señora Jacut.

—¿Juana?

—Sí; Juana, que se muere.

—¡Dios mio!

—Ha sido preciso llamar á un médico. La calentura la devora. Delira, y en el delirio ha pronunciado un nombre.

—¡Un nombre!

—El vuestro. Os llama.

—¡Juana! exclamó Cláudio, levantándose fuera de sí. El honor, la vida, el amor... ¡todo lo he perdido en un día!

—Id á verla... Salvadla. Esa empresa es digna de vos... Mataros sería una cobardía.

—Pero, ¿cómo quieres que me presente delante de ella, despues de saber que mi padre ha asesinado al suyo? ¡Juan! ¡Juan! ¿Para qué he nacido?

—Para hacer bien, señor Cláudio, para reparar el mal que han causado otros. No os detengais... Volved á la posada... Nadie puede acusaros de un delito que no habeis cometido. La señora Jacut os espera impaciente. Os ama como si fuérais su hijo. Dentro de una hora será de noche. Yo os acompañaré, y nadie sabrá que hemos ido á Elven. Si os parece mejor, yo me quedaré á velar á vuestra madre. Sería en vos un crimen no salvar á esa desventurada joven.

Juan cogió de un brazo á Cláudio para sacarle de la habitación.

Cláudio se inclinó sobre su madre, la dió un beso en la frente, y siguió á Juan.

Al entrar en la cocina vió á Ibo que estaba sentado junto á la chimenea, con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho.

Se acercó á él, y, poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo:

—Vela por Santa.

—¿Dónde vas?

—A Elven.

—¿Volverás?

—Antes de mediodía.

—Vé á caballo.

—No, Juan me acompaña, y me llevará á grupas del suyo.

Al llegar á mitad del camino, Juan se detuvo, y señalando á Cláudio el bosque, le dijo:

—Yo estaba aquí.

Y luego añadió:

—¿No veis el estanque? ¡Allí duerme Noel!

Al terminar el día, divisaron á lo lejos una sombra que galopaba en un caballo negro con dirección á la Piedra de las Hadas.

Era la señorita de Fonterose que iba á la cita que habia dado á Corentin.

A la misma hora, Jacobo entraba en Penhoet, solo, con la cabeza pesada y llena de proyectos confusos.

Unicamente á él no le habia impresionado la escena de la posada de *El Condestable*.

Por el contrario, le habia fortalecido.

Era preciso concluir...

Los gendarmes buscaban á Juan.

—¿Has visto á Juan? preguntó Jacobo á Catalina.

—Sí, le contestó Catalina. Acaba de salir de aquí para el castillo.

—El volverá, murmuró Jacobo haciéndose superior á aquella contrariedad.

Y sin embargo, se equivocaba.

Juan no volvería aquella noche.

Porque, despues de dejar á Cláudio á la entrada de Elven, tomó el camino del castillo.

III.

Aquella vez, Nicolasa, al dirigirse á la Piedra de las Hadas, iba profundamente preocupada.

Una vez secreta le decia que tal vez tendría razon su madre para no querer bien á los Kerandal.

¿Sería el hombre á quien amaba, por más que no se atrevía á confesárselo, hijo de un asesino, y no de un asesino impulsado por el odio, sino de un asesino cegado por la avaricia?

No sabia qué pensar, ni qué hacer.

Por todas partes donde miraba no veía mas que sombras.

Corentin estaba ya en la Piedra de las Hadas, abismado en la misma ansiedad que Nicolasa.

Al ver destacarse de entre los árboles á la señorita de Fonterose, un sudor frio bañó su frente, y tuvo que apoyarse en las rocas para no caer desplomado al suelo.

—Corentin, le dijo Nicolasa, ya sabeis que soy vuestra amiga, pero no puedo ocultaros que lo ocurrido en la posada de *El Condestable* me ha impre-

sionado vivamente. Es una desgracia para vos, para mí, para todos. Vengo á que me digais la verdad. Quiero saber toda la verdad. Ella decidirá de nuestros destinos. La deshonra de los unos cae sobre los otros. Somos parientes, y por lo tanto solidarios. ¿Qué hay de verdad en esa terrible historia?

—No lo sé.

—Sed franco conmigo.

—No sé mas de lo que vos sabeis acerca de esemaldido asunto. ¡Os lo juro!

—Vamos por partes, dijo Nicolasa, apeándose y atando su caballo al tronco de un árbol. Hace diez años, vuestro padre estaba agobiado de deudas. El mio hubiera debido pagarlas. No lo hizo. Lo siento. Sin embargo, de la noche á la mañana, vuestro padre pagó todo lo que debía. ¿Con qué recursos hizo frente á sus compromisos?

—No lo sé, repitió Corentin.

—No quereis decírmelo. . No teneis confianza en mí, ó vuestro orgullo se resiste á esta confesión. Sin embargo, yo creía que me estimábais lo suficiente para abrirme vuestro corazon. Juntos hubiéramos buscado el remedio. ¿Qué clase de hombre sois? ¿Sois un hombre de hierro como todos los de vuestra raza? No puede haber ocurrido en vuestra casa un hecho tan grave sin que tengais conocimiento de él. La justicia lo sabe todo. Se pondrá en movimiento como una fiera que olfatea su presa. Se sabrá

que los Kerandal, los primos de los Fonterose, son unos bandidos. Esto es lo que hay que impedir á toda costa. Defendeos. Tened valor. Sed hombre. Yo soy mujer y estoy dispuesta á todo.

Un sudor frio bañaba la frente de Corentin.

—Pues bien, exclamó despues de una larga pausa; creo que es verdad todo lo que se dice.

Y levantando la cabeza con terrible energía, añadió:

—Dios debe exigir terribles cuentas á vuestros padres por el mal que nos han hecho con su orgullo y con su egoismo. Con un puñado de oro han podido llenar el precipicio que nos separaba. Sí, teneis razon, señorita Nicolasa, hay secretos que abruman y matan. Un titan sucumbiría bajo su peso. Yo poseo un secreto y voy á revelároslo.

—¡Cuánto debeis sufrir! exclamó Nicolasa.

—No podeis imaginaros lo que me cuesta esta confesion. ¡Es terrible! Despues de haberme oido me execrareis.

—No.

—Necesitaríais ser un angel para perdonarme. Es preciso que lo sepais todo.. Oidme.

Y bajando la voz, como si temiera que alguien le oyese en medio de aquella soledad, prosiguió:

—Vosotros y nosotros nos odiábamos á muerte. La casa solariega de Penhoet habia jurado el exterminio del castillo de Santa Gilda. Jacobo y yo nos habiamos

identificado con el ódio de nuestro padre, que murió miserablemente en una noche de invierno, sobre la nieve, víctima de sus remordimientos mas bien que del veneno que habia tomado. Ibo y Santa no sabian nada; Cláudio era un niño. Mi madre habia sorprendido el secreto de su marido mientras dormia. Nos odiábamos por que los vuestros nos humillaban y nos reducían á la miseria, privándonos hasta de cazar en vuestros bosques. Una noche, cuando agotados todos los recursos, la mas horrible miseria iba á caer sobre nosotros, mi padre tuvo una mala tentacion. Uno de nuestros parientes, casi desconocido, á quien la miseria habia echado del pais, el padre de Juana Trelan, de esa joven que estaba agonizando en la posada de Elven, se presentó de improviso en Penhoet. Esto ocurrió durante la guerra. Ibo fué á buscarle á la estacion del ferrocarril, y nadie tuvo noticia de su llegada. Jacobo y yo estábamos, uno en el ejército y otro en la marina. Aquel pariente nuestro se llamaba Noel Trelan. Era primo de mi padre, y, por consiguiente, tambien lo era del vuestro. Venía de la isla de Borbon, donde habia conseguido hacer una fortuna, cuya importancia ignoro. Llevaba encima una gran cantidad de dinero. Mi padre se cegó á su vista. Indudablemente, él fué quien le asesinó y quien arrojó su cadáver al fondo de las lagunas. La verdad solo la sabe nuestra madre, á quien se la reveló nuestro padre. Exasperado por el crimen que

había cometido, mi padre abandonó á Penhoet. En aquella época, el marqués de Fonterose estaba en las inmediaciones de Orleans; y mi hermano Jacobo formaba parte de su batallon. El marqués y vos érais los únicos obstáculos que nos separaban de la fortuna de los Kerandal. Desapareciendo vosotros, Santa Gilda volvería á nuestro poder. ¿Comprendéis?

Nicolasa escuchaba en silencio.

—Continuad, dijo.

—Mi padre fué á buscar á mi hermano, celebrando con él una conferencia en los alrededores de Coulmiers. Algunos días despues, vuestro padre fué muerto en el bosque de Monthureuse. La bala que puso fin á su vida no era prusiana.

Corentin se detuvo de nuevo.

La señorita de Fonterose permaneció inmóvil.

—Continuad, dijo.

—Si me preguntáis por qué vos vivís todavía, no sabré qué contestaros. Yo mismo lo ignoro. Nada era más fácil que cometer este último crimen. Terminada la guerra, volvimos á nuestra casa. Los remordimientos acabaron por vencer la fortaleza de nuestro padre. Nunca nos confesó el asesinato del desgraciado Trelan. Traidor con su huésped, él mismo castigó su villanía, privándose de la vida. A consecuencia de su muerte, quedé yo de jefe de la casa. Ibo, que es la probidad misma, lo ignoraba todo. Jacobo no esperaba mas que una palabra mia

para deshacernos de vos. ¡Qué queréis! Jacobo tiene la sangre de nuestros abuelos, que se batían sin piedad contra sus enemigos, aunque fueran de su propia raza. Duro consigo mismo, lo es con los demás. Mil heridas no le arrancarían un grito de dolor. Con el mismo valor que recibe el golpe, le da. Sin embargo, en el fondo de su corazon hay algo grande y bueno. Ama á los suyos ciegamente. Yo no le dí la orden que esperaba. Al principio vacilé. ¿Erais tan joven! Había en mí algo que me acercaba á vos. No os pareceis á vuestra madre, rígida en extremo, ni á vuestro padre, pródigo para consigo mismo y avaro para con los demás. Yo pensé: «Es una Kerandal» y no tuve valor para pronunciar la palabra terrible. Mis pensamientos de muerte se desvanecían al oír vuestro nombre. Un día se os desbocó el caballo y pasásteis delante de mí como una exhalacion. Ibais pálida, pero serena. No lanzásteis un grito. Yo corrí detrás de vos para salvaros. Estábamos solos. En vez de mataros, me arrojé á vuestros piés. Cuando volvísteis en vos, una ligera sonrisa entreabrió vuestros lábios y me dijisteis con una voz que llegó hasta lo más íntimo del alma:—«¿Sois vos, Corentin? Nunca olvidaré que os debo la vida.»—Vos no recordareis estos detalles. Yo los tengo presentes como si hubieran pasado ayer... Pero, ¿para qué seguir? Sin embargo, es preciso que lo sepáis todo. Se dijo que íbais á casaros. Entonces me dijo Jacobo:—«Si se casa,

todo ha concluido.»—Yo le prometí tomar una resolución. Entre veros muerta y veros casada, prefería lo primero. Sin embargo, dejé pasar días y días. La idea de vuestra muerte me espantaba. Soy un cobarde

La señorita de Fonterase escuchó estas terribles revelaciones sin espanto.

Estaba bajo la influencia de una alucinación infernal.

La noche empezaba á cerrar.

Nicolasa se acercó al tronco en que estaba atado el caballo, y le desató.

El caballo se puso delante de su ama, como para defenderla.

Corentin creyó que Nicolasa tenía miedo.

—Os causo horror, ¿no es verdad?, exclamó comprendiendo que estaba perdido. Debeis sentir por mí tanto desprecio como aversión. Merezco ambas cosas. Pero ¡tranquilizáos! No temais nada de mí. Yo tengo que deciros una palabra para concluir. Después nos vimos en la Piedra de las Hadas. Aquel día, con una sola palabra, transformásteis todos mis sentimientos. Todas mis malas pasiones se fundieron al fuego de vuestras miradas. Me hicisteis bueno. Ya lo sabeis todo. Juzgadme. Me es indiferente lo que pueden pensar de mí los demás. Solo vuestra opinión me preocupa. Cualquiera que sea mi suerte, llevaré impreso vuestro nombre en mi corazón. Vuestro re-

uerdo bajará conmigo á la tumba. Adios, señorita. No os exijo que me contesteis. No quiero que toqueis con vuestro guante la mano de los que han asesinado á vuestro padre. Tal vez no volveremos á vernos. Me resignaré á este nuevo suplicio sin quejarme. Adios, señorita, adios.

Corentin dió un paso para internarse en el fondo del bosque.

—Corentin, exclamó Nicolasa, nadie sabrá lo que me habeis dicho. Hasta la vista.

Y montando á caballo, desapareció.

—¡Ah! exclamó Corentin, mi vida se va con ella.

IV.

Alrededor de Elven.

Cláudio no se atrevió á entrar en Elven hasta que cerró completamente la noche.

Le espantaba su situación

Creía que todo el mundo le iba á señalar con el dedo, como diciendo:

—Ese es un Kerandal.

El ruido de la fiesta, que duraba todavía, llegaba hasta él, sumiéndole en la desesperación.

Todos eran felices.

El estaba de luto y de luto eterno.

En una hora había perdido el fruto de quince años